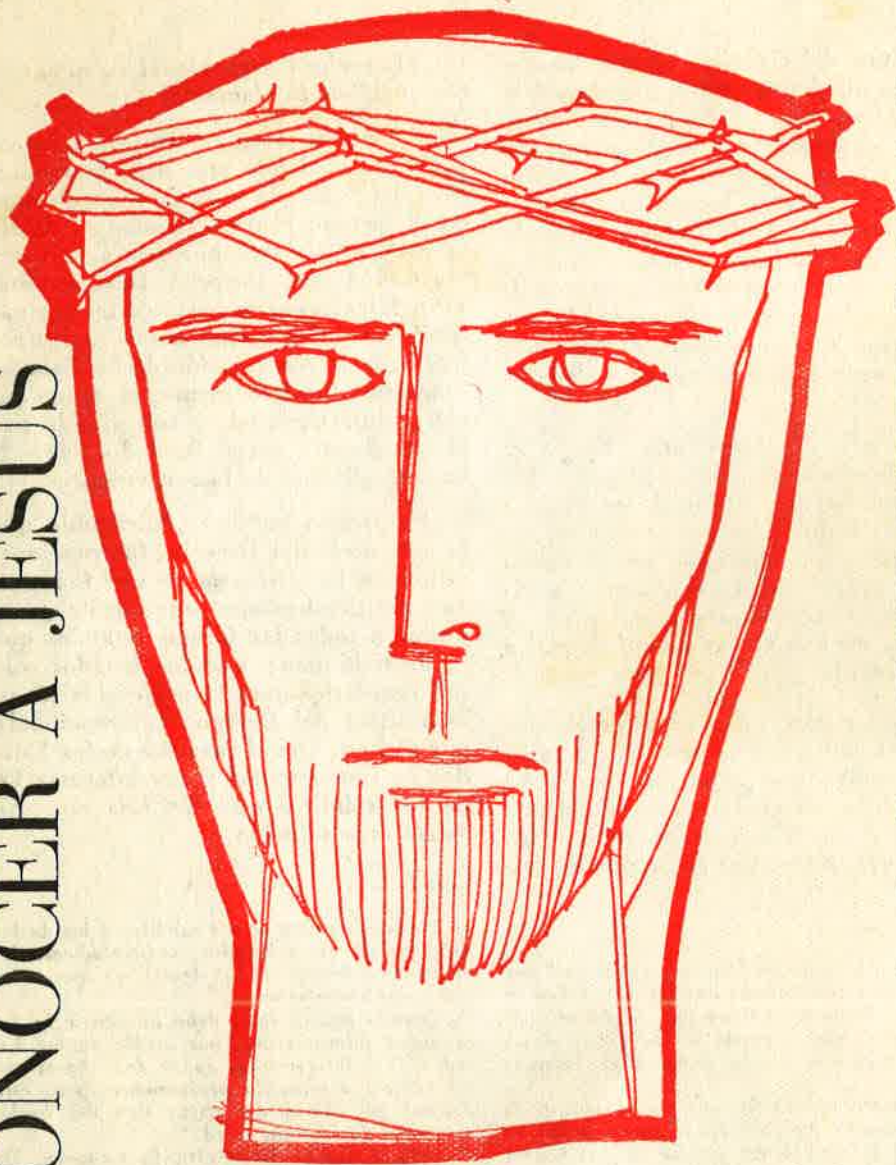


CONOCER A JESUS



DIALOGO EXISTENCIAL

José L. Gómez Morales S. I.

I

Quando el corazón conoce a Yahveh

En el mundo del Antiguo Testamento, cuando el hombre "conoce" a Dios, no queda implicada solamente su

inteligencia. Es todo el hombre el que queda imantado, proa a Dios. Expresión típica, que se nos repite infinidad de veces, es que conoce con el corazón. Y, para el hebreo, el corazón es la sede íntima de la estructura de su personalidad (1). Dios es Dios porque "sondea

el corazón", quedándole patente lo más profundo del hombre, sus pensamientos. Estos "suben", "se levantan" del corazón que los engendra en libertad original. Por ellos queda el hombre marcado con una bondad o maldad decisivas. El corazón conoce a Yahveh, pero este conocer no sale de una inteligencia provista de categorías a priori —nada más extraño a la mente hebrea— sino que enfunda una acción cognoscitiva intensamente vital, que es a la vez fruición, amor y seguimiento plenario de Dios.

Sin embargo, Dios tiene acceso a ese corazón, aun cuando se halle endurecido, y es capaz de romperle como se fragmenta un terrón para que reciba la lluvia y el grano: "Yo les daré un corazón para conocer y saber que yo soy Yahveh..." (Jer 24,7). Otras veces, misteriosamente, Dios deja de actuar: "Yahveh no os ha dado corazón para comprender" (Deut. 29,3).

...Hay diálogo existencial

Tenemos, pues, un diálogo vital entre dos libertades. Si el hombre escucha —su conocer es auscultación espiritual: "Escucha, Israel... tú amarás a Yahveh, tu Dios, con todo tu corazón..." —su saber será vivir, su ciencia será ya hacer el bien, realizar el valor por antonomasia: "Me harás saber los senderos de la vida" (Ps. 15,11); "Dame inteligencia para que yo viva" (Ps. 118, 144); "Cuando la sabiduría venga a tu corazón y la ciencia haga las delicias de tu alma..." (Prov. 2,10).

Si el hombre se cierra al diálogo, su inteligencia será muerte, su ignorancia de Dios será el mal total, realizar el mayor antivale: "...mi pueblo perece falta de saber" (Os. 4,6); "necio es mi pueblo: no me conocen..." (Jer. 4,22).

(1) Cfr. J. A. DELGADO IRIBARREN, S. J.: *El corazón en la mente hebrea*. «Proyección» (Febrero 1956) 36-39.

Pero si el hombre pide inteligencia —como vimos en Ps. 118, "para tener vida"— Dios responde a ese anhelo: "Si das voces a la inteligencia... el conocimiento de Dios hallarás" (Prov. 2, 3-6); "Porque no has pedido larga vida... ni riquezas... sino inteligencia... he aquí que te concedo (a Salomón) un corazón sabio e inteligente..." (I Reg. 3,11-12).

El conocimiento que el hombre toma de Dios es la respuesta al conocimiento que Dios toma del hombre. Es curioso que el hebreo *yada* no sólo significa *conocer* sino también *consumar el matrimonio*. La mujer "conoce" al hombre cuando éste la "conoce". Dios ha llevado a la cima este deseo suyo conmovedor de entregarse al hombre bajo la analogía matrimonial en las sublimes páginas del Cantar de los Cantares. Y en innumerables ocasiones Yahveh aparece como marido celoso que quiere conservar para sí a la "virgen" Israel. Tal elevación del hombre al plano de la total intimidad con Dios es de lo más bello que el Antiguo Testamento posee: "Yo te he conocido en el desierto" (Os. 13,5; Ez. 16)...

La amarga queja del Señor, frecuente y estremecedora, es que su pueblo tiene un corazón adúltero. "Cuando yo haya quebrantado su corazón adúltero... ellos sabrán que yo soy Yahveh" (Ez. 6,9-10).

II

Quando el corazón conoce a Jesús

También en todo el Nuevo Testamento el hombre se pone en pie cuando su corazón conoce a Jesús: "Con el corazón se cree..." (Rom. 10,10). Creer y conocer a Jesús se identifican. Inteligencia y fe son, en este caso, una sola realidad. Conocer sigue siendo la acción definitoria de la personalidad, engendrada en el secreto del corazón. Creer es la opción primordial del hom-

bre que le sacude las raíces más hondas de su ser, poniéndole rumbo a Cristo. Jesús, que como Dios “descubrirá los designios de los corazones” (I Cor. 4,4), afirma que “del corazón de los hombres salen los malos pensamientos” (Mc. 7,21). Esta “intimidad” sella, pues, totalitariamente al hombre, marcando una inapelable bondad o maldad. Y como Yahveh, es Jesús —que sabe “lo que hay en el hombre”—quien “abre el corazón” para que se escuche lo que San Pablo dice (Act. 16,14).

Con la influencia helénica, en las cartas siguientes a los Evangelios y Hechos, junto a *corazón* aparecen frecuentemente otras expresiones. Pero bajo estos nuevos odres verbales sigue el mismo viejo contenido, el carácter vital del conocer. Ahora bien, este complejo vivencial queda polarizado en “conocer a Jesús” (2).

(2) Véase la unánime y tradicional interpretación de 1 Jn 5,20 en J. ALFARO S. J., *Cognitio Dei et Christi in 1 Jn. Verbum Domini* 39 (1961) 88-89.

Oh, Cristo, que con tu vinda reconcilias todas las criaturas con el que te ha enviado: ten piedad de tu Iglesia salvada por tu Sangre. Estirpa de ella las divisiones cismáticas que el diablo propaga contra la economía admirable de tu Encarnación y suscita en ella sacerdotes que pre-diquen la Fe sana.

(Maltas del Rito Caldeo. Oración en la dedicación de la Iglesia)

Este conocer a Cristo está simbolizado en la luz. El es la luz. Pero “la luz de los hombres era la Vida”. Sencilla y sugestiva expresión. Para el judío el sol tenía manos de padre que acaricia a sus hijos. Y todo hombre sabe que esa antorcha no brilla sin arder, calentar y lanzar a la acción. Mucho más para los pueblos antiguos el sol era el símbolo de la vida. Con él, había claridad y gozo de vivir. Sin él, toda actividad quedaba interrumpida. Cuando el cristiano conoce a Jesús, recibe una iluminación tal que queda transformado totalmente. Como dijo Jesús, queda hijo de Dios: “Mientras tenéis luz, creed en la luz para que seáis hijos de la luz” (Jn. 12,36). La misión de Cristo es “iluminar a los que yacen en sombras de muerte”. Y esta iluminación es una renovación moral plena: “Caminad como hijos de la luz. El fruto de la luz reside en toda bondad, justicia y verdad” (Ef. 5,8-9) (Cf. también 1 Jn. 1,6-7).

Si conocer a Cristo es vivir en luz, también es poseer la vida eterna. Categóricamente lo afirmó el Señor: “Esta es la vida eterna, que te conozcan a tí, el único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo” (Jn. 17,13). Vida que ya está presente (Jn. 5,4; 11,25) en este estadio terreno y se llama gracia; vida que se actualizará en el estadio futuro y se llama gloria. Pero esta gloria de Dios ha sido ya contemplada aquí gracias al conocimiento de Jesús, según San Juan y San Pablo. El Verbo, al habitar entre nosotros, nos hace decir: “Y vimos su gloria...” (Jn. 1,14). “Porque Dios es quien hizo fulgurar la luz en nuestros corazones (para que irradiásemos el conocimiento de la gloria de Dios, que reverbera en el rostro de Cristo Jesús” (2 Cor. 3,18).

Creo que es también sugestivo relacionar nuestra fe en Cristo con el germen de una planta. Una de las profecías sobre el Mesías es atribuirle, en repetidas ocasiones, el carácter de Brote, Germen (Zach 3,8; 6,12; Jer. 23,

5 y 15; Is. 4,2-?.; Ps. 132,17...). Por otra parte, San Juan parece retomar esta realidad cuando nos dice que hemos nacido de Dios porque permanece en nosotros su Germen (I Jn. 3,9). Tal es el efecto de nuestro conocer al Señor. Vive ya en nosotros en este estadio de gracia. Para pensar la realidad viva de una planta no nos podemos detener en lo que vemos de ella. En espíritu debemos acompañarla y contemplar su dinamismo, capaz de dirigirse al fruto que duerme invisible en ella. La planta vive toda de esta marcha tensional hacia lo invisible. Pensar en ella es esperar su fruto, amarlo. La traicionaríamos si nos quedáramos en su belleza de flor. El fruto es su razón vital de ser. Paralelamente debemos contemplar a Jesús con los ojos de nuestra fe, vivir de ella. "El justo vive por la fe" paulino. El es nuestra realidad, más honda que nuestro ser. Como decía San Pablo, "no ponemos los ojos en las cosas que se ven, sino en las que no se ven. Porque las que se ven son pasajeras; mas las que no se ven (y ya viven en nosotros), eternas" (II Cor. 4,18). ¡Pasa la película de este mundo! Y por esta fe viva en Jesús, nuestra gracia estallará un día en gloria. Jesús sentido como semilla será contemplado fruto; la misma vida en dos estadios.

Este mismo carácter luminoso y vital de nuestro conocer a Jesús se debe sentir al leer en San Pablo su doctrina de la justificación, desplegada en comunión de justicia con Cristo, vida integral, potencia moral, espíritu de filiación. Y con el mismo espíritu, debemos llenar de contenido "la verdad", "la ley", etc. No son categorías especulativas, filosóficas o jurídicas. Están rezumando la vida que Cristo nos mereció con su sangre y su sacrificio (Rom. 3,25 y 28). Nuestra fe es una "inteligencia espiritual" que es fuerza de Dios, acceso a la paz, que, purificando nuestros corazones, nos inyecta una nueva vida, la de Jesús, para resultar "nueva creación" (Col. 1,9; I Cor. 1, 18; Rom. 5,1; 6,4; Hech. 15,9...). Ya

no nos extrañará que San Pedro, al descubrir la transformación que la fe produce en nosotros, vuelva al binomio luz-creación, en adelante fundidos para expresar la realidad cristiana; para él un cristiano es un evadido de la oscuridad de la muerte, que ha sido trasladado amorosamente por las manos de un padre a la luz de la vida: "de aquel que de las tinieblas os llamó a su admirable luz" (1 Petr. 2,9). ¿No hay aquí un tácito paralelismo entre nuestra redención y la frescura original de los primeros días de la creación? Creo que sí. Cristiano, "nueva creación".

Nuestro conocer a Jesús es "la inteligencia del misterio de Cristo" (Ef. 3,4). Así, el *misterio*, que en la antigüedad era lo impermeable a la inteligencia, en San Pablo y en los primeros pensadores cristianos, es el objeto propio suyo, su alimento, su atmósfera por excelencia. Rico en contenido inteligible, inagotable en la cierta oscuridad que ahora le acompaña, el misterio de Cristo seguirá inexhaustible al ser gozado eternamente (3).

...Hay diálogo existencial

Conocer a Jesús es ahora también asistir a ese diálogo existencial entre dos libertades. Desde los primeros versículos, San Juan penetra en la trágica dialéctica de la Luz: "Y las tinieblas no la acogieron" (1,5); "vino a los suyos y los suyos no le recibieron" (1,11).

De nuevo, hay que auscultar espiritualmente a la Vida: "El que escucha mi palabra... tiene la vida eterna y no incurre en sentencia de condenación, sino que ha pasado de muerte a vida. En verdad os digo que llega la hora, y es ésta, cuando los muertos (espiritualmente) oirán la voz del Hijo

(3) Cfr. CLAUDE TRESMONTANT, *Essai sur la pensée hébraïque* (Paris, 1953) p. 135, nota.

de Dios, y los que la oyeren vivirán” (Jn 5,24-25) (4).

Todo San Juan, que emplea hasta 100 veces *conocer a Jesús* bajo los sinónimos de *oírle, creer, escuchar...* es el espectáculo de un Corazón que se quiere dar y que puede ser rechazado por la libre opción del corazón humano. Si el hombre conoce a Jesús, automáticamente obtiene respuesta: se ha forjado su salvación, vive en la Luz, ha apagado definitivamente su hambre y su sed, ha resucitado porque ha naci-

(4) Por si esta espiritual auscultación no quedara clara, téngase en cuenta que la concepción de *discípulo* para el hebreo entraña, además del aprendizaje de la doctrina del maestro, una auténtica comunión de vida. Jesús se hace eco de esto en innumerables afirmaciones. P. e. escoge a sus discípulos «para que estuviesen con El» (Mc. 3,14). Es también interesante el *shaliah* —enviado— arameo. Adquiría plenos poderes de representación de su maestro, que los hipotecaba hasta que volviera a sí. Cristo hace con sus discípulos —hasta que vuelvan definitivamente a El— como su Padre ha hecho con El. Así entenderemos mejor muchas expresiones: «Como el Padre me envió, así yo os envío...» (Jn, 20, 21)...

do en él la Vida. Si se decide a realizar el máximo contravalor de no conocerle, está condenado, muere en tinieblas, queda hambriento y sediento, la muerte hace inexorablemente presa en él. Los milagros del cuarto evangelio apuntan simbólica y teleológicamente a sellar la veracidad de tales afirmaciones. Su meta es la fe en Jesús, el diálogo en El. (Jn. 2, 11. 23; 3, 18-21 y 36; 4, 41-42 y 53; 5, 24-25 y 37-40; 6, 35-36.40.47.65.69.70; 7, 28.38-39.48; 8, 19.30.43.47.55; 9, 35-41; 10, 26.37.38.42; 11, 25-27.45; 12, 11.44-48...).

Como en el milagro del ciego de nacimiento en San Juan, los Sinópticos han descrito en sencillez sobrecogedora el diálogo vital entre Jesús y el creyente. Jesús espera, con infinito respeto, la respuesta que brota fontalmente del corazón libre del hombre. Cuando se ve conocido, se conmueve de admiración y articula su irrevocable elogio: “Bienaventurado, eres, Simón...”; “Al oír (al centurión), Jesús se maravilló y dijo... : En nadie hallé tan gran fe en Israel” (Lc. 7,9); “¡Oh mujer, grande es tu fe!” (Mt. 15, 28); “¿Creéis que pue-

Bendito sea el Dios de la misericordia que, en vista de que nosotros no íbamos a El, ha salido a nuestro encuentro.

Nuestra naturaleza, que era hija y heredera suya, estaba perdida y ha sido hallada, muerta y ha sido resucitada.

Es inefable el amor que ha mostrado hacia nosotros este amigo de nuestra raza.

Lo que El ha realizado en nuestra humanidad está muy por encima de nosotros mismos y de cualquier otra criatura.

Ha hecho de nuestro cuerpo un templo santo, a fin de que le rinda culto el universo entero.

Venid, seres terrestres y celestiales. Espantaos de tan alta dignidad: nuestra raza ha llegado a la altura sublime de la divinidad inaccesible.

(Maitines de Rito Caldeo. Himno)

do hacer esto? Dícenle: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos diciendo: Según vuestra fe, hágase así con vosotros" (Mt. 9, 28-29). Las tres veces que los Evangelistas nos hablan de *admiración* en Jesús, van encadenadas a la fe o a la incredulidad de sus interlocutores.

La analogía matrimonial, como símbolo de nuestra entrega a Cristo, no está ausente en el Nuevo Testamento (2 Cor. 1,22; Ef. 5,25-9; Apoc. 19,7). Pero a mi modo de ver, es ahora tan patente este amor entre Cristo y el hombre, que se invierte el símbolo: los esposos, al "conocerse", deben sentir que están simbolizando la mutua entrega de Cristo y del cristiano. Además hay ahora otro paralelismo mucho más sublime. Cuando por este conocimiento, el creyente recibe la Vida a cambio de la suya, debe pensar que es su fe un reflejo del diálogo vital entre Jesús y su Padre. Es San Juan el que ha recogido tales expresiones de labios de Jesús en su Evangelio (6, 57-58; 19, 4-15; 14,20; 15,9-10 y 20; 17, 11.16. 18.21-23.26; 20, 21). En esos versículos nuestra realidad vivencial de comunión con Cristo queda enfocada a la luz de la suya con el Padre.

En su primera carta, "conocer a Jesús" sigue con su eterno matiz bíblico y totalizante: "Y en esto sabemos que le hemos conocido: si guardamos sus mandamientos. Quien dice: "Le he conocido" y no guarda sus mandamientos, mentiroso es..." (2,3). San Juan usa tres expresiones sinónimas: "conocer a Cristo", "permanecer en Cristo", "tener comunión con Cristo". De cualquiera de ellas podemos transbordar a las otras. Es el resultado de su hondo perforar en nuestra intimidad de cristiano. Pues bien, es precisamente como Jesús describe en todo el Evangelio de San Juan su realidad íntima con el Padre (véanse los versículos citados anteriormente): Cristo "conoce al Padre", "permanece en el Padre", "tiene comunión de vida con el Padre".

La era mesiánica fue profetizada como la era del conocimiento de Dios: "La tierra será henchida del conocimiento de Yahveh como el fondo de los mares por las aguas que le cubren" (Is. 11,9); (Jer. 31,34...). Ahora comprendemos que nuestro conocimiento de Cristo rebota necesariamente en el Padre, como lo afirmó incesantemente Jesús: "Quien me ve, ve al Padre" (Jn. 14,9). Antes de Cristo, al Padre "nadie le había visto", pero su Unigénito, que estaba en su seno, "nos lo reveló" (Jn. 1,18). Nosotros, amando a Cristo, amamos al Padre. Conociéndole, conocemos al Padre. "Ahora conozco parcialmente, entonces conoceré plenamente como yo mismo fui conocido" (I Cor. 13,12). Ahora nuestro conocer a Jesús es "por medio de espejo, en enigma". En el cielo, le veremos "cara a cara" cuando "Dios sea todo en todos".

Conocer a Jesús es diálogo existencial. Cuando pensemos a Cristo quitemos al *conocer* la costra especulativa que un racionalismo antibíblico ha sedimentado. Entendamos la inevitable inclusión, en ese concepto, del amor y del seguimiento. Como conoció a Cristo cada santo, en esa ósmosis total entre conocer y vivir: Nadie conoce más allá de lo que practica, que decía San Pedro de Alcántara (5). O la insistencia ignaciana en sus Ejercicios: "conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga" (6).

"Si alguno ama a Dios, ése ha sido conocido por El" (I Cor. 8,3).

Sugerencias

a) Hay que llegar a este conocimiento vivencial de Cristo para evitar

(5) Obra de Sta. Teresa de Jesús, ed. de Silverio de Sta. Teresa, C. D. Burgos 1915, T. II, pág. 125.

(6) Obras Completas de San Ignacio de Loyola, B.A.C. T. 86, Madrid, 1952; pág. 181. Ejercicios, 104.

prácticamente la solicitud a veces totalizante del pecado mortal (7).

b) Al educar, hay que enseñar así a conocer a Jesús, a través de una respuesta integral de nuestro ser, no sólo de nuestro cerebro.

c) Al asistir a las cada vez más numerosas crisis de fe en la juventud, no tratemos de remediarlas a base de apologética silogística. La mayoría de las veces hubo fallo por a) o por b).

d) El hecho protestante y su pretendido dogma de que basta la fe, creer sin obras, quedan desenmascarados.

e) Superadas las dicotomías cartesiana y katiana, las corrientes actua-

les caminan hacia la inclusión del pensamiento en la vida. Dos muestras sólo: "El pensamiento... no es exclusivamente representación... Es una fuerza, un impulso y factor activo dentro del dinamismo de la vida espiritual..."(8)(Blondel). "Toda idea es portadora de un sentido, tiene el carácter de una llamada que llega hasta lo íntimo del corazón del hombre y le informa de que algo debe ser, porque es bueno que sea" (9) (Lersh). Si esto es verdad de toda idea para todo hombre inteligente, su pleno sentido se halla en el conocimiento del Verbo, Idea de ideas de la que todas reciben su valor. De nuevo el mundo actual, al embarcar al pensamiento en la vida, nos ha hecho ver que la Biblia tenía razón.

(7) Cfr. *La ley de Cristo*, B. HAERING, T. I, ed. Herder, Barcelona, 1961; pág. 170-180 y 371. *Orientaciones actuales de psicología pastoral*, 2.^a edición, G. HAGMAIER, C. S. P. y R. W. GLEASON, S. J., ed. Sal Terrae, Santander 1961, pág. 250 y ss.

(8) Citado por J. HIRSCHBERGER, *Historia de la Filosofía*, T. II, ed. Herder, Barcelona, 1956; pág. 344.

(9) *Estructura de la personalidad*, pág. 161.

